

El ‘régimen dual’ en Israel desde 1967¹

Lev Grinberg

(Universidad Ben Gurión de Tel Aviv, Israel)

Resumen

Este artículo aborda el establecimiento del peculiar régimen de dominación dual de Israel desde 1967, argumentando que la estructura de este régimen convierte a las élites militares en un actor político crucial. El régimen dual se basa en la separación geográfica entre dos regímenes diferentes de control y legitimación. Argumentaré aquí que la guerra de 1967 fue un parteaguas histórico, ya que acarreó un desdibujamiento de las fronteras israelíes y la llegada de un régimen dual que legitima la división del poder político entre las élites militares y civiles que gobiernan Israel-Palestina. Mi objetivo es mostrar las contradicciones inherentes de este régimen dual de “ocupación democrática” y así arrojar luz sobre la dinámica de los espacios políticos de acuerdo a la población ocupada: su apertura, por reconocimiento y negociación, y su cancelación, por el uso de la violencia.

Palabras clave: Israel – Fronteras – Ejército – Ocupación – Política – Democracia

Abstract

This article discusses the establishment of Israel’s peculiar dual domination regime since 1967, claiming that the structure of this dual regime makes the military elites a crucial political actor. The dual regime is based on geographic separation between two distinct regimes of control and legitimization. I will argue here that the 1967 war was a historical turning point, as it brought about the blurring of Israel’s borders and the setting up of a dual regime that legitimizes the division of political power between the military and civilian elites that rule Israel/Palestine. My aim is to show the contradictions inherent to the dual regime of “democratic occupation” and thus shed light on the dynamics of political spaces regarding the occupied population: their opening, by recognition and negotiation, and their closure, by the use of violence.

1 Traducción de Ricardo León García.

Key words: Israel – Frontiers – Army – Occupation – Politics – Democracy

Este artículo aborda el establecimiento del peculiar régimen de dominación dual de Israel desde 1967, argumentando que la estructura de este régimen convierte a las élites militares en un actor político crucial. El régimen dual se basa en la separación geográfica entre dos regímenes diferentes de control y legitimación. Dentro de sus fronteras, Israel se define como un estado democrático, regido por partidos que compiten en elecciones generales abiertas basadas en la participación ciudadana universal. Del otro lado, existe un gobierno militar hacia la población palestina con ciudadanía negada, a la cual se define como “temporal” y “externa” al estado democrático. Los límites entre las dos áreas fácilmente se desvanecen debido a su contigüidad geográfica, creando una dependencia económica directa y estableciendo ciudadanos israelíes en los territorios ocupados.

Argumentaré aquí que la guerra de 1967 fue un parteaguas histórico, ya que acarreó un desdibujamiento de las fronteras israelíes y la llegada de un régimen dual que legitima la división del poder político entre las élites militares y civiles que gobiernan Israel-Palestina. Mi objetivo es mostrar las contradicciones inherentes de este régimen dual de “ocupación democrática”, y así arrojar luz sobre la dinámica de los espacios políticos de acuerdo a la población ocupada: su apertura, por reconocimiento y negociación, y su cancelación, por el uso de la violencia.

Desde el inicio de la segunda *intifada*, una creciente cantidad de textos de periodistas, políticos, historiadores, sociólogos y politólogos se ha dedicado a explicar la influencia de las FID (Fuerzas Israelíes de Defensa) sobre la política israelí y sobre los procesos de toma de decisión². Sin embargo, han propuesto una visión formal de la democracia, dando por descontado que el ejército está subordinado a las autoridades políticas electas. Deseo presentar aquí un paradigma diferente, que percibe a la democracia como un proceso dinámico de apertura de los espacios políticos para la representación y mediación del conflicto social dentro del marco de un territorio determinado. Los regímenes democráticos tienen la posibilidad de contener los conflictos sociales debido

2 S. Ben Ami, *Scars of War, Wounds of Peace, The Israeli-Arab Tragedy*, London, Weidenfeld & Nicolson, 2005; G. Sher, *The Israeli-Palestinian peace negotiations, 1999-2004: within reach*, New York, Routledge, 2006; R. Druker, R. y O. Shelach, *Boomerang*, Jerusalem, Keter, 2005; A. Harel y A. Issascharoff, *The Seventh War*, Tel Aviv, Yediot Acharonot, 2004; Y. Levy, *The Other Army of Israel*, Tel Aviv, Yediot Acharonot, 2003; K. Michael, *Real or Imagined? Why Did the Model of Military Cooperation Between Israel and the Palestinian Authority Fail?*, Jerusalem, Lady Davis Institute for International Relations, 2003; Y. Peri, *Generals in the Cabinet Room: How the Military Shapes Policy*, Washington, USIP Press, 2006.

al balance en el poder entre las clases dirigentes y los grupos sociales subordinados³. Con la ausencia de límites geográficos reconocidos y de fronteras sociales, el proceso democrático de apertura de los espacios políticos no tiene la posibilidad de contener los conflictos sociales. Como resultado, se desarrolla una tendencia al uso de la violencia y las organizaciones armadas se convierten en actores principales, particularmente si se presenta un balance desigual del poder entre los actores⁴. Resulta claro que el uso de la fuerza militar para reprimir ciudadanos dentro de los límites de un Estado es contrario a un proceso democrático de apertura de espacios políticos. Este es el caso del régimen dual israelí de “ocupación democrática” y de su incapacidad de prevenir y contener la violencia. El papel político del ejército dentro del régimen dual está definido como delineador de los límites del “estado democrático” y controlador de la población palestina en Cisjordania y la Franja de Gaza. Este papel político fue institucionalizado por el cambio estructural que resultó de la expansión de los límites del estado en 1967. La dinámica de la política israelí puede entenderse entonces como sigue: en tanto las acciones de las FID sean entendidas como las encargadas de defender las fronteras del estado democrático y a sus ciudadanos, esta actividad política se asume como apolítica, una actividad de seguridad. Sin embargo, cuando la violencia se utiliza para propósitos expansionistas en áreas que no se entienden como parte del estado democrático y las protestas públicas se levantan contra este uso de la violencia, el ejército pierde poder y aumenta la necesidad de abrir los espacios políticos. Como veremos, el contexto político es el factor decisivo para interpretar el escenario de violencia y determinar si se utiliza por razones de seguridad o políticas.

Aventurarse más allá de los límites reconocidos para Israel y la pérdida de vidas de sus soldados crea una oposición civil a la lucha continua. Esta es la diferencia básica entre la violencia en el Líbano y la violencia en Cisjordania y la Franja de Gaza, donde las fronteras son más permeables. Ambas regiones son consideradas como “zonas de seguridad” en las cuales las FID operan con mayor legitimidad, controlando las fronteras “externas” (con Egipto y Jordania) y las “internas” (con Israel), pero también con operaciones dentro de los “territorios”. Desde la firma del acuerdo de paz con Egipto, las FID fueron neutralizadas del círculo vicioso de las guerras; su función principal ha sido política, sobre todo para consolidar su control sobre los palestinos y los territorios ocupados. Demostraré que los cambios que se han dado en las políticas israelíes hacia los palestinos provienen de esta permeabilidad de las

3 Barrington Moore, Jr. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Narmonsworth, Penguin Books, 1966; D. Rueschemeyer, E. H. Stephens y J. D. Stephens, *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

4 J. Linz y A. Stepan, *Problems of Democratic Transitions and Consolidation*, Baltimore, John Hopkins UP, 1996, p. 96.

fronteras de la soberanía del estado, del contexto político de la lucha palestina y de las amenazas percibidas por los israelíes.

A. Teoría sobre el papel del ejército en la democracia: el caso de Israel

El primer sociólogo en establecer las limitaciones del régimen democrático en Israel fue Jonathan Shapiro⁵. Afirma que la democracia es un régimen que facilita el debate público de las políticas estatales, produciendo de esta manera soluciones alternativas a problemas colectivos. La existencia de partidos de oposición y un debate abierto exige al partido en el poder a responder a sus críticos; de otra manera, puede esperar ser derrotado en elecciones democráticas. De acuerdo a esta visión, la democracia solamente puede existir si una sociedad posee diferentes centros de poder que puedan contrapesar al partido en el poder. Según Shapiro, la democracia israelí estaba limitada desde su origen debido a que el partido gobernante frustraba el potencial dinámico del proceso democrático al controlar todos los centros de poder. Por tanto, asegura, Israel es tan solo una democracia formal, con elecciones y un sistema multipartitos, pero sin debate público ni ciudadanos con poder capaces de cambiar su gobierno. Desde la perspectiva de Shapiro, la escasa democracia vino a ser más evidente después de que el Partido Likud asumió el poder en 1977 y la movilización política se basó en un discurso populista y no en debates abiertos sobre las políticas y sobre la presentación de políticas alternativas⁶.

En los años noventa, se dio un debate diferente sobre el mayor de los problemas de la democracia israelí —la idea de un estado “judío y democrático” que otorgara privilegios a los judíos pero discriminara a los ciudadanos árabes⁷. Smooha afirma que Israel representa un tipo especial de democracia, llamada “democracia étnica”, en la cual la mayoría judía se protege a sí misma por medio del gobierno, aunque concede derechos civiles a los sujetos no judíos. Peled distingue diferentes tipos de ciudadanía, argumentando que los ciudadanos árabes poseen derechos civiles opuestos a los derechos étnicos de todos los judíos y a los derechos “republicanos” de la élite social gobernante. Yiftachel,

5 Y. Shapiro, *The Israeli Democracy*, Masada, Ramat Gan, 1977; Y. Shapiro, *Politicians as an Hegemonic Class: the Case of Israel*, Tel Aviv, Sifriat Poalim, 1996.

6 Para adquirir una mejor idea de la discusión sobre los puntos de vista de Yonathan Shapiro, véase L. Grinberg, “Imagined Democracy in Israel -Theoretical Background and Historic Perspective”, *Israeli Sociology*, 2:1 (1999).

7 Y. Peled, “Ethnic Democracy and the Legal Construction of Citizenship: Arab Citizens of the Jewish State,” *The American Political Science Review*, 86 (1992), p. 432-443; O. Yiftachel, “Israeli Society and the Jewish-Palestinian Question: ‘Ethnocracy’ and its Territorial Contradictions”. *The Negev Center of Regional Development*, (1999) Working Paper 12, BGU; S. Smooha, “Class, Ethnic and National Cleavages and Democracy in Israel”, en E. Sprinzak y L. Diamond eds. *Israeli Democracy under Stress*, Boulder, Lynne Reiner, 1993.

en contraste, afirma que el régimen no es una democracia, sino una “etnocracia” –un régimen que constantemente extrae recursos del grupo étnico subordinado, sobre todo sus tierras. Sin embargo, creo que la diferencia fundamental entre estas visiones yace en la definición de los límites del Estado: Smooha y Peled se refieren al “régimen democrático” en Israel dentro de las fronteras de 1967, mientras Yiftachel también incluye las áreas bajo la ocupación militar como parte del régimen etnocrático.

Propongo aquí incluir los territorios ocupados como parte del régimen dual de Israel y centrarme en el significado político de la distinción entre el control militar de un lado de la frontera y el control democrático del otro lado de la misma. La existencia de una frontera legal que diferencia entre tipos de áreas y de ciudadanos crea lo que previamente definí como “democracia imaginada”, en la cual el ejército juega un papel político central mientras conserva su definición de “apolítico”⁸. Naturalmente, sin la participación militar en la administración rutinaria de la población palestina, el estado israelí no tendría posibilidad de expandirse territorialmente, de expulsar a los palestinos de sus tierras y de construir asentamientos judíos separados⁹. Para analizar este régimen peculiar aplicaré dos visiones teóricas principales: 1) la conceptualización del ejército como una institución con intereses distintivos (una corporación), la cual tiende a expandirse territorialmente y requiere recursos materiales y humanos para lograr el éxito¹⁰; 2) la convicción de que no hay “solución democrática” a los conflictos territoriales¹¹.

En este nivel, puedo sugerir una explicación a los límites del régimen democrático israelí: desde 1967, el sistema político de Israel ha estado gobernando a los palestinos en los territorios ocupados negándoles sus derechos civiles y políticos. La negación de estos derechos la toma la mayoría de los israelíes como algo dado, como una “necesidad de seguridad”, o como “el derecho heredado de los patriarcas”. Tampoco el asunto de las relaciones económicas con la población palestina y la manera en la cual éstas mejoran o empeoran la condición de los ciudadanos israelíes es objeto de debate público. La ausencia del debate político sobre las relaciones con los palestinos también ha penetrado las agendas “internas” israelíes y ha prevenido la organización de un sistema político capaz de representar diferentes intereses y opiniones con respecto a los conflictos “internos”.

8 Grinberg, “Imagined Democracy in Israel”.

9 A. Eldar e I. Zertal, *The Lords of the Land*, Or Yehuda, Kineret, 2004; G. Gorenberg, *The Accidental Empire – Israel and the Birth of the Settlements, 1967-1977*, New York, Times Books, 2006.

10 C. Tilly, *Coercion, Capital and European States, Ad 990-1992*, Cambridge, Basil Blackwell, 1992; Levy, *The Other Army of Israel*.

11 Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transitions and Consolidation*.

Los sociólogos israelíes están preocupados porque la relación entre el ejército y la sociedad se ha fincado sobre todo en la similitud ideológica y sociológica entre las élites del orden y la seguridad y los partidos políticos gobernantes, que pertenecieron en su mayoría a la misma corriente política del movimiento laborista hasta 1977¹². Estas élites aceptaron la suposición de que la hostilidad fue impuesta “externamente” a Israel por sus “enemigos”, con independencia de las políticas de estado. Aun el control israelí de los “territorios” fue interpretado como el resultado de continuas amenazas “externas” a la seguridad del país. Por tanto, estos académicos no vieron la corporación militar como una institución separada, con diferentes características, intereses y procesos de toma de decisiones. Sin embargo, después de la llegada al poder del *Likud*, el acuerdo de paz con Egipto y la primera guerra del Líbano, este punto de vista probó ya no ser satisfactorio.

El siguiente paso teórico fue propuesto por Uri Ben Eliezer¹³, quien mostró cómo el uso de la violencia puede servir a los intereses de poder de las élites militares al reclutar hombres y apoyo de los civiles. Al utilizar la violencia, esas élites definen y construyen socialmente la comunidad cultural y política como una “nación en armas”. Kimmerling¹⁴ afirmó que se estaba construyendo una cultura militarista por la sociedad civil y los grupos políticos, no necesariamente por el ejército. La cultura militarista israelí, compartida por soldados, ciudadanos y políticos, puede explicar la ausencia del debate político sobre los sujetos palestinos de la ocupación militar. Esta cultura ha construido a los palestinos como “el enemigo”, que debe ser reprimido y al que no se le concede representación democrática. Es, de hecho, el uso de la violencia, así como el odio y el miedo que esto provoca, lo que ayuda a justificar y legitimar la ocupación continua de los territorios por un “estado democrático”.

La cuestión es cómo explicar un proceso dinámico de apertura de espacios políticos para la negociación, si la resistencia palestina a la ocupación siempre se interpreta como una amenaza a la seguridad que debe suprimirse con la fuerza. El marco teórico para la dinámica del cambio y la democratización lo proponen Helman, Ben Eliezer y Levy¹⁵, y está basado en el cambio de actitudes de los soldados cuando se niegan a ser reclutados o cuando abiertamente rehúsan obe-

12 Y. Peri, *Between Ballots and Bullets*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; D. Horowitz, “The Israeli Defense Forces: A Civilianized Military in a Partially Militarized Society”, en R. Kolkowicz and A. Korbonski (eds.) *Soldiers, Peasants and Bureaucrats*, London, George Allen and Unwin, 1981.

13 U. Ben Eliezer, *The Making of Israeli Militarism*, Bloomington, Indiana UP, 1998.

14 B. Kimmerling, “Militarism in the Israeli Society”, en *Theory and Critic*, 4 (1993), p. 123-140.

15 S. Helman, “Negotiating Obligations, Creating Rights: Conscientious Objection and the Redefinition of Citizenship in Israel”, *Citizenship Studies*, 3 (1999) p. 45-69; U. Ben Eliezer, “From a Nation in Uniform to a Post-Modern Army: Military Politics in Israel in ‘The New Era’”, *Democratic Culture* 4-5 (2001), p. 55-98; Levy, *The Other Army of Israel*.

decer las órdenes. Aunque las explicaciones de las motivaciones de los soldados varían –desacuerdo político acerca de la necesidad de la guerra (Helman), el desarrollo de una economía de mercado hedonista (Levy) o la reacción de los niveles profesionales a la economía de mercado (Ben Eliezer)–, hay acuerdo en que la dificultad en reclutar soldados se ha convertido en un obstáculo para el ejército y un factor en la toma de decisiones del sector militar. Empero, tales puntos de vista aún se refieren a los palestinos como elementos “externos” en la teoría, y los diferentes tipos y ubicación de la resistencia no se incorporan a las explicaciones acerca de las actitudes de los soldados.

Yo afirmo que es muy importante, desde el punto de vista teórico y analítico, reconocer el hecho de que la población palestina de los territorios ocupados ha sido incorporada a la economía del estado y mantenida por el gobierno estatal bajo un estatus especial de no ciudadanía. La resistencia palestina es reprimida por los soldados israelíes; por tanto, la legitimidad del uso de la violencia contra una población civil deviene crucial para el mantenimiento del régimen dual. La dinámica de la apertura y el cierre de los espacios políticos se origina precisamente en la contradicción interna de la dualidad del régimen democrático-militar. La resistencia palestina y las reacciones de los soldados son factores centrales en esta dinámica.

Mi argumento es que al explicar la dinámica de los espacios políticos se requiere analizar la lucha por el poder entre los grupos dominantes, que buscan gobernar de manera unilateral, y la resistencia de los grupos dominados a los que se les niegan derechos iguales. Para entender esta dinámica debemos analizar el significado de la dominación utilizada por el poder en el gobierno y los medios de resistencia utilizados por el grupo subyugado. Los palestinos bajo la ocupación no son entidades pasivas que acepten que se les nieguen sus derechos; al contrario, luchan en varios frentes y con diferentes métodos para abrir un espacio político a sus reclamos. El reto que enfrentan las FID es mantener el control sobre los sujetos de la ocupación; para lograrlo, las FID requieren legitimar sus acciones entre los ciudadanos israelíes bajo diferentes medios: el uso de la fuerza debe ser interpretada en términos de “seguridad”. La teoría que apoya la apertura de espacios políticos propone un marco que puede conceptualizarse tanto por el uso de la fuerza militar y la posibilidad de reconocer los reclamos de los grupos dominados que pelean por sus derechos. Por tanto, crea una base teórica para explicar los cambios de dinámica –la apertura y cierre de los espacios políticos.

Un régimen democrático está basado fundamentalmente en la institucionalización de la apertura dinámica de los espacios políticos. Sin embargo, a pesar de la institucionalización formal de los regímenes democráticos, los espacios políticos todavía están sujetos a una dinámica de expansión y contracción de acuerdo a los cambios en el balance de poder entre grupos sociales dominantes

y subordinados, en la habilidad de la sociedad civil para organizarse y movilizarse y en la capacidad de la sociedad política para mediar y negociar. En el régimen dual israelí, las relaciones de poder entre los israelíes dominantes y los subordinados no-ciudadanos palestinos cambian de acuerdo a la legitimidad percibida por el uso de la fuerza de las FID a los ojos de los ciudadanos y soldados israelíes.

Una condición básica para la existencia de un espacio político es el acuerdo acerca de las fronteras de la comunidad política que contiene a las partes en conflicto¹⁶. Ésta puede ser una frontera geográfica o simbólica que reconozca la igualdad formal entre los individuos contenidos dentro del marco de cierta comunidad. En ausencia de un tratado sobre las fronteras de contención, esto es, sobre el asunto de quiénes son los ciudadanos con derechos iguales, ningún espacio político puede institucionalizarse y el mecanismo de mediación por medio de la representación y la negociación no puede funcionar. En tales casos, la fuerza se convierte en el medio para lograr metas políticas, si es por aquéllos que se levantan contra la subyugación o por el régimen, que pretende reprimir a los primeros¹⁷. Un resultado posible de este uso de la violencia es el reconocimiento de ambos lados que la coerción no es efectiva, conduciendo a la conclusión que el conflicto podría ser resuelto por negociación. Esto significa que los espacios políticos pueden abrirse por la violencia usada por los grupos sociales sojuzgados, pero legitima los compromisos que pueden alcanzarse sólo después que los gobernantes reconocen la legitimidad de las demandas de esta población dominada y sus representantes. Estas demandas siempre se relacionan con las fronteras de la comunidad política, ya sea que demanden inclusión, a través de derechos iguales, o la exclusión, en un territorio separado.

En el modelo europeo de estados nacionales, el ejército controla y delinea las fronteras externas del territorio soberano, definiendo las fronteras del espacio político para la representación y negociación entre los ciudadanos y el estado¹⁸. Es importante enfatizar que las élites militares se comportan siempre como un actor político, y les cabe negarse a usar la fuerza contra ciudadanos dentro del propio estado. Los ejércitos tienden a actuar como corporaciones homogéneas con sus propios intereses¹⁹, teniendo como objetivo central man-

16 Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transitions and Consolidation*; L. Grinberg, "Why we didn't Continue in his Path? On Peace, Democracy, Political Assassination and Post-Conflict Agendas" in *Contested Memory – Myth, Nation and Democracy*, ed. por L. Grinberg, (Beer Sheva, Humphrey Institute, 2000).

17 Para una discusión sobre la imposibilidad de mantener un gobierno democrático en ausencia de fronteras véase Linz y Stepan, *Problems of Democratic Transitions and Consolidation*, capítulo 2.

18 C. Tilly, *Coercion, Capital and European States*.

19 B. Abrahamson, *Military Professionalism and Political Power*, Beverly Hills, Sage, 1972.

tener y expandir sus recursos materiales y humanos; para este fin necesitan prestigio y una imagen apolítica. La teoría dinámica de la apertura de los espacios políticos propuso aquí concentrarse en el balance de poder entre los ciudadanos, el ejército y las élites políticas que están influenciadas por las fronteras de contención; el balance de poder entre grupos sociales dominantes y dominados y el grado en el que se legitima el uso de la fuerza, asumiendo que las élites militares y políticas tienen la posibilidad de manipular ciudadanos al construir sentimientos de “peligro”²⁰.

Dentro de este marco teórico propongo analizar la dinámica que subyace en el servirse o el prescindir del uso de la fuerza por las FID y su efecto en la política, al transformarse las situaciones de contexto. Desde 1967, las fronteras del estado de Israel han sido desdibujadas; la población palestina en los territorios se ha convertido en súbdita de un régimen de ocupación militar. En términos estructurales, las FID se han convertido en actor crucial en la arena política israelí al administrar directamente a la población palestina ocupada. Su habilidad para controlar de manera efectiva a los sujetos de la ocupación ha venido a depender de la extensión del uso de la fuerza, lo cual ha sido legitimado a los ojos de los soldados que sirven en el ejército. Esto significa que la influencia del ejército sobre las decisiones del estado con respecto al uso de la fuerza y su habilidad para reclutar ciudadanos para llevar a cabo las órdenes dependen de mantener su imagen como ente apolítico. En este aspecto, el contexto político del uso de la fuerza, la identidad de la coalición gobernante y el tipo de resistencia usada por los palestinos son factores decisivos, tanto para la influencia del ejército sobre el diseño de la política como para el contenido de esa política: la escalada o la conciliación.

B. La transición de una democracia formal a un régimen dual

El *Mapai*²¹ no se desarrolló como una organización democrática. Su poder político e institucional, acumulado bajo circunstancias peculiares, se caracterizó por la ausencia de fronteras entre judíos y árabes y una frágil población judía dependiente del apoyo de instituciones sionistas para la satisfacción de sus necesidades básicas: trabajo estable, salud, vivienda y defensa. La fuerza del *Mapai* como partido en el poder se basó en su éxito para movilizar recursos y crear instituciones judías propias, políticas y económicas, bajo el régimen británico y proveer a los judíos de servicios dentro un estado de bienestar²².

20 C. Tilly, “War Making and State Making as Organized Crime”, en P. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, New York, Cambridge University Press, 1985.

21 *Mapai* fue el partido en el poder desde la creación del Estado de Israel en 1948 hasta 1977. También dirigió la organización sionista desde 1933.

22 P. Medding, *Mapai in Israel: Political Organisation and Government in a New Society*, Cambridge, University Press, 1972; L. Grinberg, *The Histadrut Above All*, Jerusalem, Nevo, 1993; M. Shalev, *Labor and the Political Economy in Israel*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

La hostilidad y el odio mutuos entre las comunidades judía y árabe durante el periodo del Mandato Británico delinearon las fronteras entre ellos. Las organizaciones militares constituyeron la fuerza que unió la comunidad nacional hebrea, y estuvieron asociadas principalmente con el Movimiento Laboral Sionista²³.

La transición a un estado judío soberano en 1948 creó una crisis institucional. Esto estuvo ligado inicialmente a la subordinación de las organizaciones militares, divididas de acuerdo a las líneas de los partidos. Posteriormente, el principio de ciudadanía universal creó un reto al poder del *Mapai*, debido a la autonomía potencial de la sociedad civil y a las demandas de representación por los grupos no representados. En efecto, cuando se logró el pleno empleo, el partido en el poder perdió su capacidad de control sobre la población dependiente y fue incapaz de representar las demandas de la sociedad civil²⁴.

En el periodo entre 1948 y 1967 las FID fueron las principales diseñadoras de las fronteras nacionales: la frontera "externa", para prevenir intentos de "infiltración" de palestinos²⁵, y la frontera "interna" entre los ciudadanos árabes y judíos, dentro del marco de la administración militar, la cual supervisó los movimientos de ciudadanos árabes dentro del estado judío²⁶. Sin embargo, luego del fin de las "infiltraciones" después de 1956 y de la absorción de los inmigrantes judíos en el mercado de trabajo, la administración militar se relajó en cierto sentido. Las voces que llamaban a dismantelar la administración militar aumentaron en los partidos izquierdistas y derechistas, debido al uso político que el *Mapai* hacía de los servicios de seguridad para capturar votos²⁷.

El dismantelamiento de la administración militar y el debilitamiento del partido gobernante frente a la sociedad civil fue el contexto político directo de la guerra de 1967. Cuando Nasser anunció el cierre del estrecho de Tiran, las élites de las FID llenaron el vacío de liderazgo dejado por el *Mapai* y empujaron al gobierno a la guerra²⁸. La rápida victoria en seis días sobre los ejércitos árabes provocó que los mandos de la seguridad israelí ganaran enorme prestigio. La corporación militar también tuvo éxito en retener el control sobre las ganancias materiales de la guerra: controló a la población ocupada y su economía, así como también un creciente presupuesto de seguridad. No menos

23 Ben Eliezer, *The Making of Israeli Militarism*.

24 Grinberg, *The Histadrut Above All*.

25 B. Morris, *Israel's Border Wars 1949-1956: Arab Infiltration, Israel Retaliation and the Countdown to the Suez War*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

26 I. Lustick, *Arabs in the Jewish State, Israel's Control of a National Minority*, Austin, University of Texas Press, 1980; H. Cohen, *Good Arabs*, Jerusalem, Ivrit, 2006.

27 Y. Ben Porat, *Arab Working Force in Israel*, Jerusalem, Falk Institute, 1966. Lustick, *Arabs in the Jewish State*.

28 A. Gluska, *Eshkol, Give a Command*, Maarachot, Security Minister, 2004; T. Segev, *1967*, Jerusalem, Keter, 2005; M. Golani, *Wars Do Not Happen of Their Own Accord: On Memory, Power and Choice*, Ben Shemen, Modan, 2002; Peri, *Generals in the Cabinet Room*.

importante, ganó autonomía frente a las élites políticas y a la administración civil del estado. Después que se dio a conocer la resolución 242 de la ONU, el gobierno de Israel comprendió que los Estados Unidos no intentarían presionarlo para retirarse a sus antiguas fronteras y fue como cristalizó el concepto de dos tipos de frontera: las fronteras del “estado democrático soberano”, que habían existido antes de la guerra, y las nuevas fronteras, incluyendo los Altos del Golán, el Sinaí, la Franja de Gaza y Cisjordania, definidas como “fronteras de seguridad”. Queriendo legitimar y consolidar su poder, las élites militares diseñaron una nueva doctrina estratégica de acuerdo a la cual los territorios que habían sido ocupados durante la guerra proveerían de “profundidad estratégica” al estado soberano de Israel, un concepto relacionado con la vulnerabilidad de las fronteras de un país antes “de tamaño pequeño”.

La necesidad de comenzar a administrar a la población ocupada surgió inmediatamente después de la guerra. El aparato de administración militar de las FID, desmantelado en 1966, recibió para su manejo apenas un año después a una nueva y ampliada población árabe. Esta vez a los palestinos, súbditos de un gobierno militar, se les negó la ciudadanía, y su subordinación al régimen fue legitimada por la distinción legal y geográfica entre los territorios ocupados y el estado democrático. No obstante, siguiendo al cierre de las fronteras externas en Cisjordania (con Jordania) y en la Franja de Gaza (con Egipto), se hizo necesario abrir las fronteras internas entre Israel y los territorios al movimiento de bienes y personas. Diez años después del fin de las hostilidades se llevó a cabo la primera reunión entre personal de la administración militar y los líderes del *Hevrat Ha'ovdim*²⁹ para discutir “la venta de productos en las áreas ocupadas”³⁰. La población de los territorios ocupados se convirtió en un mercado cautivo para los productos israelíes inmediatamente después de la guerra, sin debate político alguno ni planeación política de largo plazo. La razón es que para proveer de seguridad a los israelíes las FID necesitaban abastecer a la población ocupada tanto con empleos como con mercados. Por otra parte, la población ocupada esperaba tarde o temprano unirse a la resistencia de los grupos de la OLP. El papel político más importante del ejército después de la guerra fue mediar en el conflicto de intereses económicos de los diferentes grupos israelíes y palestinos.

En el otoño de 1967, todavía antes que el gobierno hubiese comenzado a discutir la entrada de trabajadores de los territorios rumbo a Israel, los trabajadores ya habían sido llevados de contrabando a los *kibbutzim*³¹ para empacar

29 Empresas económicas propiedad de *Histadrut* y las organizaciones laboristas relacionadas.

30 Grinberg, *The Histadrut Above All*.

31 *Kibbutz* es la forma organizativa de los asentamientos judíos característica del laborismo sionista, una especie de cooperativas de producción y consumo, así como una organización comunal colectiva.

fruta, fingiendo el ejército no percatarse³². Sin embargo, esa misma simulación no era aplicada a la mercancía palestina que pretendía introducirse a Israel, sobre todo en los productos agrícolas, que podrían dañar los intereses de los granjeros israelíes. Para prevenir lo anterior, la administración militar decidió aprovechar la venta de bienes palestinos a Jordania y estableció una nueva política de “puertas abiertas”, además de cooperar con el reino de Jordania para controlar en conjunto a la población palestina³³. Una política coordinada que regulaba el empleo de trabajadores dentro de Israel se formuló solamente después de un año de presiones por parte del Ministerio de Seguridad³⁴. Las opiniones e intereses diferían también sobre las inversiones en los territorios –como, por ejemplo si a los industriales palestinos o israelíes se les permitiría invertir– y se logró un acuerdo para evitar inversiones industriales. Esta fue una negociación entre los intereses de los industriales israelíes, quienes no querían que los palestinos produjesen bienes industriales que compitieran con ellos, y la posición “dovish” en el partido Laborista, que deseaba mantener la imagen de la ocupación como “temporal y externa”³⁵. La intención política declarada del ministro de Seguridad en esa ocasión, quien abiertamente promovió y alentó “la integración económica” de los palestinos, era prevenir toda complicación entre el estado de Israel y Cisjordania para mantenerse unidos³⁶. Las FID fueron entonces el elemento clave de la administración para ampliar el estado: aseguraron que los trabajadores, granjeros y comerciantes palestinos, mantuvieran su forma de vida en tanto protegían los intereses de grupos poderosos en la sociedad israelí –industriales, contratistas, comerciantes, empleadores, *kibbutzim*, *moshavin*³⁷ y la *Histadrut*³⁸– a fin de garantizar que ellos no habrían de lesionar la integración económica con los territorios. En el marco de los arreglos económicos que se formularon, solamente los trabajadores israelíes que podían competir potencialmente con los no ciudadanos palestinos –poblaciones periféricas de judíos orientales y ciudadanos árabes– terminaron por ser lastimados. Cuando un grupo de judíos orientales (“Panteras Negras”)³⁹ tomó

32 De acuerdo con lo establecido por Sapir en una sesión del gobierno acerca del presupuesto de seguridad (Grinberg, *The Histadrut Above All*).

33 S. Gazit, *The Carrot and the Stick: Israel's Policy in Judea and Samaria, 1967-8*, Washington y Jerusalem, B'nai B'rith Books, 1995.

34 Grinberg, *The Histadrut Above All*; L. L. Grinberg, “The Crisis of Statehood: A Weak State and Strong Political Institutions”, *Journal of Theoretical Politics*, 5 (1993) p. 89-107.

35 El término que utilizaron es diferente: ellos mencionan mantener los “territorios” como una futura moneda de cambio para la paz. Véanse Gazit, *The Carrot and the Stick* y Grinberg, “The Crisis of Statehood”.

36 Gazit, *The Carrot and the Stick*.

37 *Moshav* es otra forma de asentamiento judío. Organiza la producción de manera colectiva a partir del consumo privado y la organización individualista de la comunidad.

38 *Histadrut* es el nombre hebreo del consejo o asociación de trabajadores que incluye a empresas económicas, organizaciones de colonos, servicios sociales y sindicatos laborales.

39 Para un debate sobre las Panteras Negras, véase D. Bernstein, “The Black Panthers: Conflict

las calles durante el cese al fuego de 1971-1973, dirigió la oposición el partido *Likud*, el cual defendía la ocupación perpetua enfatizando los privilegios a los israelíes. En otras palabras, la ocupación redefinió la política israelí, contuvo los riesgos de la democratización y la apertura política de espacios de los años sesenta y canalizó los conflictos a un debate sobre los mitos relacionados con la legitimidad de la ocupación entre la “seguridad” de la “izquierda” secular y la “promesa de tierra” de la “derecha” de orientación religiosa.

Lo que provocó que las FID se convirtieran en pieza clave del proceso israelí de toma de decisiones no fue el control del Sinaí o de las Alturas del Golan. El factor decisivo fue su dominio sobre una enorme población palestina, debido a la necesidad de administrar sus vidas y, sobre todo, regular los intercambios con los israelíes. La política dirigida a los palestinos ha tenido un impacto crucial para los israelíes y el principio guiador ha sido facilitar el empleo y los medios de vida de los palestinos sin causar pérdidas a los grupos de poder dentro Israel, preferiblemente también permitiéndoles sacar provecho de los mercados y trabajadores cautivos. Esta visión ha demostrado sabiduría política: si la ocupación hubiese lastimado los intereses de fuertes grupos israelíes, el régimen completo se habría podido desmoronar. Sin embargo, al hacerlo así, las FID jugaron un papel clave a pesar del sistema de partidos: mediaron en el conflicto de intereses entre grupos de ciudadanos y entre estos grupos y el estado. Los diferentes partidos políticos estaban implicados con asuntos tácticos —cómo legitimar la ocupación y qué coalición debería hacerlo—, pero no había diferencias estratégicas entre derecha e izquierda. Todos los partidos apoyaban la dependencia económica de los palestinos con respecto a Israel, la previsión de una representación o independencia política palestina y la extensión del control israelí sobre los territorios al establecer asentamientos. Las FID jugaron un papel central en la construcción de los asentamientos, así como en proporcionarles servicios y seguridad, porque tenían interés en su existencia para justificar su presencia en todos los lugares dentro de los territorios y no solamente a su alrededor⁴⁰.

Los primeros diez años de ocupación bajo el alineamiento laborista (el *Ma'arakh*, compuesto por *Mapai*, *Ra'fi*, *Achdut Ha'avodah* y *Mapam*) fueron cruciales para la institucionalización de las relaciones de dependencia económica y para la legitimidad del gobierno militar definido como “temporal” y “por razones de seguridad”. El militarismo civil⁴¹ y un discurso militarista sirvieron a los intereses de las élites del ejército para formar la nación⁴². Esto explica la

and Protest in the Israeli Society”, *Megamot*, 25 (1979) p. 64-80; S. Shalom Shetrit, *The Mizrachi Struggle in Israel – 1948-2003*, Tel Aviv, Am Oved, 2004.

40 Sobre el papel del ejército en los asentamientos de los territorios, véanse Eldar and Zertal, *The Lords of the Land*; Goremberg, *The Accidental Empire*.

41 Kimmerling, “Militarism in the Israeli Society”.

42 U. Ben Eliezer, “Rethinking the Civil-Military Relations Paradigm: The Inverse Relation

ausencia de un debate político sobre el cambio de rumbo que tuvo lugar en 1967: una transformación de un estado nación con fronteras soberanas y ciudadanía universal en un régimen dual con dos tipos de fronteras –fronteras políticas y de seguridad; dos principios de legitimidad– democracia y seguridad; y dos sistemas de gobierno –por elecciones de partido y por imposición política. La anexión legal y formal de los territorios al estado democrático de Israel era impensable debido a resultados esperados: la transformación del estado judío en un estado binacional. El régimen dual de “ocupación democrática” fue la solución al problema y la sombrilla legal internacional fue proporcionada por los Estados Unidos y la resolución 242 de la ONU.

La elevación de la calidad de vida en los territorios después de 1967, como resultado de los intercambios económicos con Israel, retardó el deseo y la habilidad palestina para reconocer y movilizar la resistencia por varios años. Los primeros actos de resistencia contra la ocupación se iniciaron por la OLP con base en Jordania, después en el Líbano, por medio de violentas actividades armadas, secuestro de aviones e infiltración en áreas soberanas de Israel. Estas acciones únicamente reforzaron al régimen dual, por la creencia en el papel del ejército en la “seguridad” y la convicción de que era necesario continuar controlando los territorios hasta que apareciera un socio pacífico. La contradicción interna entre democracia y régimen militar devino aparente después de la llegada al poder del *Likud* en 1977 y del desdibujamiento activo de las fronteras del estado soberano, lo cual dañó la imagen “temporal” de la ocupación. En pocos meses, un grupos de soldados reservistas, actuando como ciudadanos, signaron la primera de “carta de oficiales”⁴³ y fundaron el movimiento “Paz ahora”, haciendo evidente el vínculo entre servicio militar y política.

C. Desestabilización de la legitimidad de las FID y el levantamiento palestino

La resistencia palestina al gobierno militar israelí obligó a los jefes de la seguridad a buscar socios para administrar a la población de los territorios. La búsqueda primero se dirigió hacia Jordania, que se había convertido en un centro financiero para los territorios y una salida para la venta de los productos agrícolas que allí se cultivaban⁴⁴. Sin embargo, los grupos de la OLP hostigaban a los elementos pro jordanos, acusándolos de colaboracionismo con Israel. Durante el primer periodo de Isaac Rabin como primer ministro, los contactos

Between Militarism and Praetorianism Through the Example of Israel”, *Comparative Political Studies*, 30:3 (1997) p. 356-374.

43 T. Reshef, *Peace Now*, Jerusalem, Keter, 1996.

44 Gazit, *The Carrot and the Stick*.

indirectos ya se habían establecido para efectuar la elección democrática del gobierno local en los territorios. En 1976, los candidatos de la OLP contendieron en las elecciones contra los candidatos apoyados por Jordania y ganaron. Estas elecciones sirvieron como base para la organización y movilización de la sociedad civil palestina, las cuales crecieron continuamente hasta la *intifada* de once años después⁴⁵. Las elecciones fueron el resultado de la necesidad que tenía la administración militar de encontrar un poder local que pudiera lidiar con la vida cotidiana de la población. Empero, esta apertura inicial del espacio político para la población en los territorios en 1976 pronto fue frustrada por la llegada al poder del *Likud* y el anuncio de su intención de asentar judíos en todas las áreas ocupadas.

En tanto que entre 1974 y 1977 la administración militar comenzó la apertura del espacio político para los palestinos, la llegada del *Likud* al poder creó un punto de inflexión que llevó a las FID a enfrentarse con la población de los territorios. El pequeño espacio político abierto en 1976 por el gobierno laborista, el *Likud* buscó cerrarlo, y la expansión de los asentamientos socavó la visión palestina de un estado independiente en los territorios ocupados. Esto arrastró a una crisis interna entre los soldados de reserva y los oficiales de mayor rango, centrada en la legitimidad del uso de la fuerza cuando no era por razones precisas de seguridad, sino con aspiraciones a la expansión y la anexión de tierras. Dentro del Israel “democrático” existía un consenso sobre la defensa de las fronteras del país soberano, pero no sobre la ocupación ni sobre la ampliación de los asentamientos, cuyos propósitos eran perpetuar la ocupación. En otras palabras, el *Likud* se arriesgó al exponer el significado político de la participación del ejército en la definición y administración del régimen de ocupación. Como se mencionó, lo anterior encontró una forma de expresión en la “carta de los oficiales”, que constituyó la base de fundación del movimiento “Paz Ahora”⁴⁶. La confrontación entre civiles y soldados se aplazó por años en virtud del tratado de paz con Egipto, pero brotó con toda su fuerza durante la primera guerra del Líbano en 1982. Por el contrario, la confrontación con los palestinos comenzó inmediatamente después de que consolidaran un liderazgo nacional compuesto por los jefes municipales democráticamente electos en 1976, dentro del marco del Comité Nacional de Orientación⁴⁷.

Los líderes del Comité Nacional de Orientación fueron identificados con la OLP y recibió su apoyo; así, para propósitos de deslegitimación, en Israel fueron llamados “la OLP interna”, sinónimo de “enemigo eterno”. No obstante, el significado de la lucha del Comité era permitir la apertura del espacio político

45 B. Kimmerling y J. Migdal, *The Palestinians: The Making of a People*, New York, Free Press, 1993.

46 Reshef, *Peace Now*.

47 Kimmerling y Migdal, *The Palestinians*.

a la población de los territorios ocupados. Las fronteras delineadas por la ocupación militar crearon un potencial para la apertura del espacio político y para definir el reclamo palestino de independencia. El tratado de paz con Egipto posibilitó al gobierno *Likud* continuar el régimen dual a pesar de su compromiso ideológico de anexionar Judea y Samaria a Israel. El acuerdo prometió elecciones para un consejo autónomo que administraría la vida cotidiana de la población palestina durante cinco años⁴⁸. Mas la puesta en marcha de esta autonomía fue rechazada por Egipto, puesto que el gobierno israelí demandaba aplicarla solamente a la administración de la población y no a la administración de las tierras. El significado práctico de todo ello era que el gobierno intentaba continuar construyendo asentamientos y rediseñar la frontera. Los palestinos en los territorios y la OLP con base en Líbano lucharon juntos contra la operación del tratado egipcio-israelí, primero y sobre todo para prevenir el establecimiento de una "administración civil" que normalizaría y legitimaría el régimen dual israelí. Las organizaciones en los territorios recibieron apoyo financiero y administrativo de la OLP del Líbano, así como ayuda artillada al aumentar el disparo de cohetes Katyusha a los pueblos del norte de Israel. Después que Beirut fuese fuertemente bombardeado por la Fuerza Aérea Israelí se consiguió un primer cese al fuego, en julio de 1981, entre el gobierno de Israel y la OLP, con la mediación de los Estados Unidos. Este cese de once meses permitió a las FID elaborar y poner en práctica un plan muy detallado para ocupar el sur del Líbano hasta Beirut, con la intención de destruir los cuarteles de la OLP⁴⁹. El problema fundamental del gobierno israelí con la OLP no era el disparo de los Katyusha (que ya había finalizado), sino la lucha continua de la población ocupada, que rehusaba aceptar el gobierno impuesto por el ejército, llamado "administración civil". Entre febrero y abril de 1982, decenas de manifestantes fueron matados, incluyendo jóvenes, mujeres y ancianos, en una ola de manifestaciones masivas que precedieron la *intifada*⁵⁰. Las masas fueron mandadas a las calles por movimientos juveniles, organizaciones femeninas, sindicatos y comités locales, donde descansaban los cimientos de la sociedad civil que se levantaría cinco años después⁵¹. Estos activistas estaban relacionados de alguna manera u otra con los partidos afiliados a la OLP, pero comenzaban a abrirse un espacio político autónomo.

48 "The Framework for Peace in the Middle East", en www.knesset.gov.il/process/docs/camp_david.htm

49 Para una revisión extensa de la historiografía de la guerra y sus intrigas véanse S. Shiffer, *The Snowball Effect – The Secrets of the Lebanon War*, Tel Aviv, Yediot Aharonot, 1984; Z. Schiff y E. Yaari, *Israel's Lebanon War*, New York, Simon and Shuster, 1984.

50 "Murder Ltd.", *Bamerhavy*, Vol. 23-24 (1982).

51 J. R. Nassar y R. Heacock, *Intifada: Palestine at the Crossroads*, New York, Praeger, 1990.

Mes y medio después que el último soldado abandonó la península del Sinaí, un grupo disidente de la OLP encabezado por Abu Nidal proporcionó la excusa para una invasión israelí de Líbano, al intentar asesinar al embajador israelí en Londres. La invasión fue, como se estableció, bien pensada y practicada, y cada uno de los soldados de la reserva y de los oficiales tenía conocimiento de los planes militares. Al mismo tiempo, la oposición a la guerra creció muy rápido desde la segunda semana de lucha, llegando a su clímax cuando decenas de miles de personas se manifestaron al mes de iniciada y cientos de miles volvieron a protestar después de las masacres de Sabra y Shatila, a los tres meses de iniciada la guerra. La protesta civil en Israel aumentó por la oposición de los soldados y los oficiales reclutados, quienes no solo disentían de los objetivos de la guerra –antes de nada, la intención era entrar a Beirut–, sino que tampoco veían la necesidad ni la lógica políticas. La controversia pública penetró profundamente dentro del ejército y se manifestó al rehusar obedecer órdenes, una posición que al inició la ejemplificó el coronel Eli Geva y fue reforzada después por las protestas contra la renuncia del general brigadier Amram Mitzna. A mayor escala, los soldados se unieron para protestar en varios niveles, la más radical de las organizaciones fue el movimiento “Yesh Gvul” (“Hay un Límite”), compuesto por soldados de reserva que se negaban a alistarse para la guerra⁵². Las protestas aparentemente fueron detonadas por el sentimiento de que ésa no era una guerra de defensa (popularmente conocidas como guerras “no hay de otra”), sino de objetivos políticos –continuar gobernando Cisjordania y Gaza, donde la resistencia a la ocupación militar era apoyada por la OLP desde Beirut. La razón oficial dada a la guerra fue la seguridad (así se legitimaba) y la necesidad de emplazar los Katyusha a 40 kilómetros más adentro del Líbano; el hecho es, sin embargo, que en pocos días las FID habían alcanzado las afueras de Beirut.

A pesar de las protestas contra la guerra, su primer objetivo fue logrado y los cuarteles y combatientes de la OLP fueron obligados a abandonar Beirut, después de sitiar la ciudad por más de dos meses. Esta victoria militar, sin embargo, sólo intensificó la confrontación con la población palestina en los territorios ocupados. La imagen de las FID comenzó a desvanecerse, aun a los ojos de los soldados, en tanto se alargaba la presencia en Líbano –prolongada por la incapacidad del gobierno para admitir su error y retirarse– y las bajas no paraban de aumentar. Solamente después del establecimiento de un gobierno de unidad nacional en 1984, encabezado por Simón Peres, con Isaac Rabin

52 S. Helman, “Negotiating Obligations, Creating Rights”. Para mayor transparencia, debo mencionar aquí que yo formaba parte de los fundadores del movimiento Yesh Gvul y fui su vocero durante los primeros días. El debate sobre la legitimidad de la negativa y sobre la orden de gobernar a una población sin derechos, sin duda influyó mi manera de pensar, como lo expreso en este trabajo.

como ministro de seguridad, se tomó la decisión de retirar las FID del Líbano⁵³. Durante la guerra del Líbano se hizo claro que las FID podrían dirigir a la nación entera, gobierno y ciudadanos incluidos, a una aventura militar al escalar la confrontación. El retiro, por otro lado –ya fuera unilateral o por acuerdo–, requería de una legitimación democrática por el liderazgo político. Desde 1967, el régimen dual de “ocupación democrática” había significado precisamente eso: el uso de la fuerza requiere tan solo que los mandos de la corporación militar insistan resueltamente en ello, mientras la moderación necesita la intervención de una activa sociedad civil y un sistema político que la represente y medie por ella. Ésta es la dinámica política del régimen dual: la sociedad civil de Israel se organiza contra acciones militares agresivas solamente cuando las fronteras son claras y no se siente amenazada dentro de esas fronteras.

La eliminación de la OLP de la frontera norte dejó a los palestinos de los territorios solos en su lucha contra el régimen militar israelí y comenzaron a preparar un levantamiento civil. Cuando este levantamiento tuvo lugar a finales de diciembre de 1987, la legitimidad para reprimirlo estaba a la baja. Las organizaciones civiles israelíes criticaron masivamente lo que muchos habían comenzado a ver como un “ejército de ocupación”⁵⁴. Las implicaciones eran claras: si las FID reprimían el levantamiento, significaría que no eran una corporación apolítica responsable de la seguridad; por el contrario, se obedecía a un objetivo político que no todos los israelíes apoyaban. Es importante entender que esta reacción estuvo influida por la naturaleza no violenta de la Intimada, su confinamiento a los territorios y a la virtual ausencia de bajas dentro de la Línea Verde⁵⁵.

Durante la década de los ochenta y sobre todo entre 1982 y 1987, se trató de lograr un balance de poder entre israelíes y palestinos, no por la falta de fuerza militar de las FID, sino porque una parte de sus soldados, combatientes y oficiales no se identificaban con sus objetivos políticos. Muchos investigadores atribuyen lo anterior a la liberación económica de Israel y al hecho que los cuadros de oficiales y los soldados de las unidades de combate pertenecían

53 Allí se asentó una fuerza militar local, el “Ejército del Sur del Líbano”, SLA por sus siglas en inglés, que trabajaba en coordinación y bajo la protección con las FID. Esto llevó a un retorno gradual de las FID al control del sur del Líbano, para ahora apoyar al SLA en su lucha contra Hezbollah.

54 Y. Ezrachi, *Rubber Bullets: Power and Conscience in Modern Israel*, New York, Farrar, Straus and Giroux 1996.

55 Me refiero aquí a la primera mitad del año. Después, la *intifada* se volvió violenta y comenzó a entrar a Israel. La primera *intifada* fue una fuente para esparcir el debate periodístico, académico y político. Ver D. Gilber y A. Sesar (eds.), *In the Eye of the Conflict: The Intifada*, Tel Aviv, Tel Aviv University and Kibutz Meuhad, 1992; A. Shalev *Intifada*, Tel Aviv, Papyrus, 1990; Z. Schiff y E. Ya'ari, *Intifada: The Palestinian uprising - Israel's Third Front*, New York, Simon and Schuster, 1990; Z. Lockman y J. Beinín, *Intifada: The Palestinian Uprising Against Israeli Occupation*, Boston, South End Press, 1989; Nassar y Heacock, *Intifada*.

a la clase media, que había empezado a gozar de los frutos de la economía de mercado⁵⁶. Aun si este factor fuese relevante en cierto grado, yo afirmo que un elemento de igual importancia estaba restando legitimidad al uso de la fuerza contra la población palestina entre los soldados. Muchos soldados se movían en círculos familiares y sociales que pertenecían al campo de las “izquierdas” y no se identificaban con los objetivos del ejército. Como veremos más adelante, cuando el uso de la fuerza se percibió como legítimo, después de la segunda *intifada*, el apoyo a la represión contra los palestinos se extendió, muy opuesto a la crítica filosa que había obligado al retiro unilateral del Líbano solamente medio año antes.

El equipo dirigente del ejército pronto se dio cuenta de la poca legitimidad de la actividad represora de las FID, y el comandante en jefe declaró públicamente que no había solución militar a la *intifada*, implicando que era necesaria una solución política⁵⁷. Aquí se encuentra el significado analítico del “espacio político”: aunque existía la fuerza militar suficiente para reprimir a la población, no había legitimidad para hacerlo. La ausencia de esa legitimidad creó un balance de poder, y para contener el conflicto era necesario abrir el espacio político: reconociendo diferencias, aceptando representantes, entablando negociaciones y buscando compromisos políticos. El ejército, que había impuesto sus reglas a la población palestina, fue la agencia que abrió el espacio político para el diálogo; en 1989, el Ministerio de Seguridad formuló un plan político y el ministro Isaac Rabin lo presentó al gobierno. En el régimen dual israelí de ocupación democrática el ejército no puede usar la fuerza sin el apoyo civil y no puede iniciar negociaciones o retiros sin el acompañamiento de la jerarquía política. Al anunciar que la solución sería más política que militar, el ejército buscaba revertir su imagen política creada durante la represión de la *intifada*, aunque esto por sí significaba que asumía una nueva posición política, más moderada. En esto radica el significado de las condiciones de ocupación, en las cuales el ejército es estructuralmente político: la represión como acto político, y evitar la represión es un acto político. ¿Cuándo, pues, podemos percibir el uso de la fuerza como apolítica? Cuando los ciudadanos se sienten amenazados dentro de las fronteras del estado soberano.

56 U. Ram, “Between Economy and Arms: Liberal Post-Zionism in the Age of Globalization”, en *Israeli Sociology*, 2:1 (1999); G. Shafir, “Business in Politics, Globalization and the Search for Peace in South Africa and Israel/Palestine”, en *Israel, the Dynamics of Change and Continuity*, ed. por D. Levy-Faur, G. Shefer y D. Vogel, London, Frank Cass, 1999; Levy, *The Other Army of Israel*.

57 Y. Levy, *The Other Army of Israel*; Peri, *Generals in the Cabinet Room*.

D. Apertura y cierre del espacio político: Oslo y la segunda intifada

En 1992, el Partido Laborista encabezado por Isaac Rabin ganó las elecciones. Esta victoria marcó tanto la apertura del espacio político para los palestinos por el ejército como un deseo por parte de los ciudadanos y los políticos israelíes de abrir nuevos espacios para debatir los asuntos “internos” que habían sido pospuestos hasta entonces, sobre todo los relacionados con los asuntos socioeconómicos. El discurso de Rabin incluyó dos agendas simultáneas bajo la frase “Cambiar prioridades”, prometiendo la reubicación de los recursos para los “territorios” de regreso al estado “soberano” de Israel. El deseo de demarcar claramente las fronteras del estado soberano surgió de necesidades de seguridad: la seguridad personal se había vuelto precaria conforme la *intifada* penetraba en Israel, sobre todo bajo la forma de agresión con cuchillos contra los israelíes. Las FID enfrentaron su incapacidad para controlar el paso de palestinos a Israel al declarar el ‘cierre’ de [los territorios más allá de] la Línea Verde, marcando así de nuevo las fronteras del estado, que se habían expandido ininterrumpidamente durante los años ochenta en tanto se propagaba la empresa del asentamiento. El propósito de abrir un espacio político para los palestinos, propuesto por Rabin, se hizo sobre todo al objeto de otorgar seguridad a los israelíes, y sólo a continuación reconocer los derechos de los palestinos. El principio que sustenta la legitimación del régimen dual permaneció intacto: democracia y seguridad. Democracia para los israelíes y seguridad para los israelíes. El reconocimiento de los palestinos era considerado importante solamente porque, al carecer de derechos, lastimaban los sentimientos israelíes de ‘seguridad personal’; entonces fue necesario “sacar a Gaza de Bat Yam”⁵⁸, como Rabin prometió –pero no necesariamente sacar a las FID de Gaza.

En tanto la jerarquía política iba en “búsqueda de un socio palestino” al estilo de Yasser Arafat, el ejército permaneció por completo en la oscuridad ante tales negociaciones⁵⁹. Los oficiales del ejército fueron excluidos de las discusiones, aparentemente debido al temor de que se involucraran y pudieran anular por completo el proceso. El comandante respondió inmediatamente después de la publicación de la Declaración de Principios con grandes críticas, llamándola “un queso suizo lleno de agujeros”. Aunque era el ejército el que pedía una solución política, reconociendo representantes palestinos y dirigiendo negociaciones con ellos, requería un liderazgo político que podría pensarse en términos de diálogo y compromiso político, mas no en términos de imposición unilateral.

58 N. del T.: Bat Yam es el nombre de una ciudad costera israelí en el Mediterráneo, en las llanuras de Sharon, al sur de Tel Aviv.

59 U. Savir, *The Process*, Tel Aviv, Yediot Aharonot, 1998.

En efecto, la Declaración de Principios contaba con un importante “agujero” militar y político que eventualmente conducía al fracaso del Acuerdo de Oslo: la decisión de posponer la definición final de las fronteras hasta que se pudiera alcanzar un tratado definitivo, en un término de cinco años⁶⁰. Esta es la razón por la que inmediatamente después de la firma de la Declaración de Principios, el ejército se convirtió en el actor político más importante en las negociaciones subsecuentes. Ya que las fronteras permanecían indefinidas, al ejército se le atribuía la “responsabilidad total” de la seguridad, esto es, controlar las fronteras de los territorios y supervisar el movimiento dentro de ellos. Bajo estas condiciones, era natural para el segundo comandante Amnon Lipkin Shahak haber sido propuesto como jefe del equipo israelí para negociar la puesta en marcha de la Declaración de Principios; y para los líderes de las organizaciones militares palestinas, Muhamad Dahlan y Jibril Rajoub, convertirse en los agentes para el diálogo y la cooperación en el lado palestino. La cooperación en asuntos de seguridad se convirtió en el indicador para pronosticar el éxito o el fracaso del proceso⁶¹. Dejar para el final del proceso la definición definitiva de las fronteras y utilizar los territorios como “moneda de cambio” legitimó la expansión posterior de la política de asentamientos como paso conveniente para futuras negociaciones. Empero, los palestinos interpretaron esto como un acto de violencia por parte de Israel, tomando ventaja de su control sobre territorios que no pertenecían al estado. La contra violencia sobrevino por las organizaciones palestinas opuestas al tratado, de acuerdo con la lógica militar de Oslo: los perpetradores venían básicamente de las áreas que estaban bajo “responsabilidad total” de las FID⁶².

La responsabilidad de retrasar la operación del acuerdo por más de un año, de julio de 1994 a septiembre de 1995, fue delegada a las FID debido a la inmensa dificultad para otorgar la seguridad de todos y cada uno de los colonos después de que Israel se había retirado de las ciudades de Cisjordania. Ese año surgieron dos conceptos: la construcción de carreteras de libramiento para colonos y la división de los pueblos y ciudades palestinas en cientos de enclaves aislados rodeados por las FID y los asentamientos. Entraron en juego dos niveles de control en esta estrategia: las áreas A estaban bajo el control de “seguridad” palestina y estaban rodeadas por las FID, en tanto que en las áreas B las FID tenían el control de la seguridad y la Autoridad Palestina era

60 Para una amplia discusión acerca de este tema, véase L. Grinberg, *Imagined Peace, Discourse of War – on the Failure of Leadership, Politics and Democracy in Israel 1992-2006*, Tel Aviv, Resling, 2007.

61 Para una detallada discusión sobre cooperación en la seguridad, ver Michael, *Real or Imagined?*

62 Meron Benvenisti, historiador e investigador de las relaciones entre Israel y Palestina ha planteado la naturaleza de los Acuerdos de Oslo como un acuerdo military: “Nobel Prize for Generals” (*Ha’aretz*, December 8, 1994).

responsable de los asuntos “civiles”. Mientras la política de cierre se creaba para otorgar seguridad a los ciudadanos israelíes dentro de las fronteras del estado soberano, la división por enclaves de Cisjordania y la política de “cercamiento”⁶³ de las ciudades y pueblos era pensada para brindar seguridad a los ciudadanos israelíes asentados en los territorios, en vista de las condiciones de dificultad del acuerdo provisional, que establecía que ningún asentamiento podía desmantelarse. Aunque estas condiciones fueron determinadas por la jerarquía política y el campo político de los “apoyadores de la paz”, de hecho funcionaron para reforzar el papel político del ejército.

En otras palabras, la manera en como las FID interpretaron y pusieron en marcha los acuerdos de Oslo mejoró y legitimó el régimen dual: mejoró la capacidad militar para controlar el movimiento de palestinos y lo legitimó como un paso democrático, al abrir espacios políticos para las negociaciones de “paz”. Dentro de las fronteras del Israel democrático originó un proceso de democratización que abrió espacios para la representación de conflictos internos. La noción misma de “paz” transformó la agenda pública “dentro” de Israel, centrando la atención en agendas post-conflicto en el interior de la frontera soberana, mientras se prestó muy poca atención a lo que ocurría en el momento dentro de los territorios y con las negociaciones de “paz”. Los hechos cotidianos en los territorios se convirtieron casi de manera exclusiva en asunto de las agencias de seguridad. Yo nombré esta nueva situación política como la “paz imaginada” y la “democracia imaginada”⁶⁴.

De hecho, después del asesinato de Rabin y la consiguiente llegada al poder de Netanyahu, la participación directa de las FID en la política se convirtió en asunto básico del debate público. Mientras Rabin fue primer ministro y ministro de seguridad, el papel político del ejército había sido percibido como apolítico y como tal había sido apoyado por las élites políticas, y supuestamente seguía las órdenes dadas por ellas. Cuando Netanyahu llegó al poder, las FID continuaron defendiendo la cooperación militar con los palestinos sobre asuntos de seguridad y negociación política, como lo establecía el Acuerdo de Oslo. En este punto era claro que las FID eran un actor ‘político’ autónomo que no aceptaba subordinación a la jerarquía política. Netanyahu atacó a los generales que defendían los acuerdos de Oslo, llamándolos “izquierdistas”, y entró en una confrontación con los líderes de las agencias de seguridad, incluyendo a

63 Esta es la traducción que sugiero del término hebreo “*keter*”, que se refiere al cierre total de los límites de una ciudad, pueblo o cualquier otra localidad. En tanto que la política de encerramiento (*seger*) fue diseñada después de la primera Intifada y reforzó las fronteras de 1967, el encirculamiento fue concebido después de los Acuerdos de Oslo, borrando las fronteras entre Israel y los territorios ocupados.

64 Grinberg, “Imagined Democracy in Israel”; Grinberg, *Imagined Peace, Discourse of War*.

su ministro de seguridad, que se convirtió en el representante del ejército en el gobierno durante todo el gobierno de Netanyahu⁶⁵.

El choque entre Netanyahu y los jefes del ejército manifestó las diferencias entre el proceso democrático dentro del Israel soberano y el proceso autónomo de toma de decisiones en el ejército con respecto a los territorios ocupados y bajo su control. Desde el punto de vista de las FID, la cooperación con la policía palestina y el diálogo continuo con la Autoridad Palestina eran medios de control más eficientes que la confrontación cara a cara con la población palestina. Los mandos de las FID actuaron como una corporación cuyos interés era reforzar el control sobre los territorios, temiendo que la política de Netanyahu pudiera poner en riesgo este control, especialmente cuando soldados, oficiales y parte del público veía el esperado levantamiento palestino como resultado de las políticas extremistas de Netanyahu. En mi opinión, los líderes de las FID enfrentaron el mismo problema que ya tuvieron en el pasado –legitimar el uso de la fuerza ante el público de Israel, debido al contexto político del gobierno del *Likud*. Esto había sido una consideración clave del ejército desde la primera guerra de Líbano y la primera *intifada*. Las FID notaron la manera en que las hostilidades eran percibidas por el público y su presentación por los medios como parte inherente del “campo de batalla”⁶⁶.

Conducir el diálogo político requiere de liderazgo político. En tanto Israel continúe manteniendo un régimen dual con elecciones democráticas dentro sus fronteras soberanas, el ejército puede administrar los territorios, pero no tiene la autoridad para renunciar a controlarlos. Aquí subyace la contradicción inherente del régimen dual: las FID reciben órdenes del gobierno democrático de Israel para gobernar los territorios de una manera no democrática. Mientras el público interprete esto como un asunto de “seguridad”, la legitimidad del régimen permanece intacta y las operaciones de las FID se siguen considerando como apolíticas. Para este fin, tener al Partido Laborista en el poder ayuda a las FID a mantener su imagen política, mientras que si el *Likud* gobierna sucede lo contrario, debido a su ideología declarada de retener el control sobre los territorios, a pesar de las consideraciones de seguridad. En los periodos en que el *Likud* gobierna en solitario se percibe a las FID como una agencia política en cualquier caso: si obedece a los intereses del gobierno, como en la primera guerra del Líbano, o si se opone al gobierno, como ocurrió cuando Netanyahu fue electo en 1996. Durante la primera *intifada*, las FID tuvieron éxito al hacer a un lado esta contradicción y expresar su posición política gracias

65 Peri, *Generals in the Cabinet Room*; Grinberg, *Imagined Peace, Discourse of War*.

66 The media preoccupation La preocupación de los medios con la forma en cómo el público percibía la lucha y su preocupación por los eventos se había convertido en parte de la doctrina militar. Véase el artículo de Shaul Mofaz (1998) in Ma'arakhot (1998), cuando era el subcomandante del ejército.

a que el partido Laborista formaba parte del gobierno, con Isaac Rabin como ministro de seguridad. Sin embargo, las FID no podían seguir ejerciendo su influencia sobre la jerarquía política una vez que Netanyahu fue electo como primer ministro; consecuentemente, quienes encabezaban el ejército decidieron participar en la acción política directa, dentro del marco del sistema democrático civil. Este fenómeno único, llamado por el politólogo Yoram Peri “un *putsch* democrático”⁶⁷, consistía de dos camarillas militares compitiendo en las elecciones de 1999 por ver quién podría desbancar a Netanyahu: “Un Israel” encabezado por el partido Laborista, compuesto por oficiales del ejército que se oponían al gobierno de Netanyahu desde dentro –el ministro de seguridad Itzik Mordechai y el comandante saliente Amnon Lipkin Shahak.

El paradójico término “*putsch* democrático” expresa la contradicción inherente al régimen dual en Israel, el cual gobierna por medio de un “ejército democrático de ocupación”. Si los jefes de las FID no pueden influir la política israelí a través de sus conexiones y al diseñar el discurso de seguridad, deben actuar en la arena política democrática dentro de la soberanía de Israel para abrir un espacio político a los palestinos. Ellos pueden cerrar este espacio directamente con el uso de la fuerza, sin verse involucrados en el sistema político democrático, pero esto depende de la legitimidad que los ciudadanos israelíes otorgan al uso de la fuerza, sobre todo entre los soldados y sus más cercanos allegados.

La entrada masiva de profesionales militares a la política democrática enfatiza la diferencia entre la política democrática y la corporación militar y la contradicción potencial entre ambas. La corporación militar desea mantener y ampliar el control sobre los recursos y reclutar a los soldados para gobernar a los palestinos y disuadir amenazas potenciales provenientes del otro lado de la frontera. La jerarquía política tiene prioridades distintas. Aun cuando los políticos provienen de las fuerzas de seguridad, atienden el bienestar de las fuerzas armadas y favorecen soluciones de fuerza sobre las políticas, su interés principal es la reelección. Deben tomar en cuenta los actos civiles de protesta, los niveles de popularidad, las presiones internacionales y las posibles coaliciones con otros partidos. De esta manera, cuando Ehud Barak, Amnon Lipkin Shahak e Itzik Mordechai estaban en el ejército, se opusieron al retiro unilateral del sur del Líbano debido a la posible pérdida de prestigio de las FID ante Hezbollah; sin embargo, cuando se convirtieron en ministros y ya no usaban uniforme, defendieron la retirada.

La retirada unilateral del Líbano en mayo de 2000 amplió la visión que posee el liderazgo de las FID que la mayor dificultad de Israel en mantener

67 Y. Peri, “The Democratic Putsch in the Elections”, en M. Alhaj y E. Ben-Eliezer (eds.), *In the Name of Security – A Sociology of War and Peace in Israel in a Period of Change*, Haifa, Haifa UP and Pardes, 2003, p. 125-144.

su poder de disuasión fluctúa de un debilitamiento de la creencia pública en la necesidad de luchar, con implicaciones para la motivación de los soldados en servicio. Por consiguiente, presentar el acto represión de las FID contra la segunda *intifada* como una “guerra sin opción” para defender nuestro “hogar” era esencial para asegurar el apoyo público al uso de la fuerza militar. Lo anterior fue enfáticamente explicado en numerosas entrevistas realizadas al subcomandante Moshe “Boggie” Ya’alon; durante el inicio de las manifestaciones y con toda intención formó la opinión pública ante la importancia de suprimir la segunda *intifada* como una “guerra de sobrevivencia”. Afirmó que la batalla por el apoyo del “frente casero” no era menos importante que la batalla con el enemigo; así, la crítica a las acciones del ejército o sostener negociaciones políticas mientras la lucha era encarnizada, exigía oportunidades de victoria⁶⁸.

Suprimir la segunda *intifada* permitió a las FID recuperar el predominio en el encabezamiento de los movimientos políticos ante los palestinos bajo las mismas circunstancias políticas de conveniencia y en un ambiente en el cual el ejército tiene control exclusivo: la escalada de violencia. Si abrir un espacio político para el diálogo requiere legitimidad y una coalición política de apoyo con el Israel soberano, cerrando este espacio y provocando la escalada demanda solamente legitimidad del público israelí, tal como un movimiento fuerza a la jerarquía política a acatar la política del ejército. El contexto político que facilitó la legitimación de la escalada fue la falla de la cumbre en Camp David, en la cual Ehud Barak y el presidente Clinton culparon a Arafat del fracaso de las pláticas⁶⁹.

Ya’alon enfatizó de forma repetida la importancia en creer en “nuestra narrativa”, rechazando toda crítica a las FID y atacando a los políticos por “débiles” al no creer en la entereza del “frente casero”. Las FID vieron en las negociaciones que Barak continuó conduciendo durante la segunda *intifada* como un signo de debilidad y las afirmaciones filtradas implicaban que la jerarquía política estaba tratando de frustrar el combate de las FID contra los palestinos. Esto llevó al diseño del slogan “Permitamos que las FID ganen”, indicando que las FID eran capaces de ganar y que eran los políticos los que impedían la victoria al continuar conduciendo el diálogo durante las hostilidades. En otras palabras, las FID reclamaban que la única solución a la segunda *intifada* podría ser militar y que las pláticas debían suspenderse, por tanto, hasta que la *intifada* fuera totalmente suprimida.

68 Ya’alon expuso la nueva doctrina de las FID en numerosas entrevistas pero prefirió presentar esta versión en terminus post-modernos, llamándola “la narrativa nacional” en la cual la sociedad debe creer con la finalidad de ganar. Ver sus declaraciones en las entrevistas con Ari Shavit (*Ha’aretz*, 20 de agosto de 2002 y 3 de junio de 2005); con Ben Caspit (*Ma’ariv*, 30 de agosto de 2002) y con Nahum Barnea (*Yediot Aharonot*, 30 de mayo de 2003).

69 Para una crítica a esta concepción véase Y. Meital, *Peace in Tatters: Israel, Palestine and the Middle East*, Bolder, Lynne Reiner Publishers, 2005.

La segunda *intifada* hizo crecer una nueva doctrina militar denominada “guerra de baja intensidad” —un producto del papel político que las FID jugaron al controlar los territorios y actuar como policía ante la población palestina. De acuerdo a esta doctrina, que se hizo fuerte hasta que colapsó en la segunda guerra del Líbano, el deseo de lucha del enemigo no era vencer a las FID, sino mejorar sus objetivos políticos. Por tanto, la actividad de combate de las FID debería ser dirigida al debilitamiento de la determinación del otro lado, causándole que abandonara los fines políticos por medio de presión física, económica y psicológica⁷⁰. En otras palabras, la doctrina militar a partir del inicio de la segunda *intifada* había evitado la apertura del espacio político anteponiéndola a la solución del conflicto, requiriendo que los palestinos renunciaran a sus demandas políticas como condición para terminar las hostilidades. La victoria de las FID dependía de la renuncia del enemigo a tales demandas.

Las FID tuvieron éxito al ganar apoyo público total para la escalada gracias no solamente a la culpabilidad que Israel y el resto del mundo achacaban a Arafat, sino también a las rupturas de las cuales eran consideradas las fronteras de la soberanía de Israel, a saber: 1) manifestaciones de solidaridad por ciudadanos palestinos israelitas al principio de la *intifada*, que fueron sofocados con fuego como si los manifestantes estuvieran bajo la ocupación militar en los territorios; 2) intercambio de fuego con policías palestinos y activistas Tanzim que permanecieron detrás de los manifestantes; y 3) ataque a ‘asentamientos’ que se percibían como parte de la soberanía israelí —principalmente vecindarios judíos en Jerusalén oriental, el más prominente de los cuales era Gilo. Todo ello constituyó una ‘ruptura de fronteras’, creando la ansiedad y el sentimiento de amenaza necesario para lograr apoyo suficiente y silenciar las críticas sobre el uso excesivo de la fuerza, aun cuando las críticas estaban presentes en las mentes de militares profesionales y ministros que claramente entendían la contribución de las FID a la escalada y su sabotaje a los intentos de cese al fuego⁷¹.

En suma, el intento frustrado de abrir el espacio político para engranar el diálogo con los palestinos, el gobierno militar continuado sobre los territorios y la expansión de los asentamientos finalizaron en un colosal brote de violencia que hizo irrelevante la política; el lugar central lo ocupó ahora la violencia y el miedo que ésta provocaba. La actividad militar dictó la política palestina y las FID dictaron la política israelí. La elección de Sharon como primer minis-

70 Para una exposición de “la Guerra de baja intensidad” ver Peri Peri, *Generals in the Cabinet Room*.

71 Lo informes más detallados sobre la escalada de violencia por el ejército y la imposibilidad de la jerarquía política para detenerla fueron proporcionados por dos parejas de periodistas: Harel e Issascharoff, *The Seventh War*; Druker y Shelach *Boomerang*. Yoram Peri (*Generals in the Cabinet Room*) recibió la confirmación de sus informes con entrevistas a políticos y miembros del ejército.

tro entre 2001 y 2005 expresó el apoyo de los ciudadanos de Israel a la lucha continua y a la imposición de un silencio casi total sobre cualquier asunto que no involucrara el llamado a tomar las armas contra el enemigo. El *Likud* recibió votos, no por su agenda política, sino por su apoyo a para continuar la represión hasta alcanzar la victoria. En este sentido, la política israelí dentro de las fronteras democráticas del estado fue cooptada para continuar el gobierno impuesto por las FID en los territorios ocupados. El valor de la seguridad prevaleció sobre el de la democracia y los profesionales del ejército fueron preferidos sobre los políticos.

E. Conclusión

La ocupación de los territorios en 1967 fue un parteaguas en el régimen israelí, tanto porque las fronteras del control del estado se ampliaron para incluir a las poblaciones palestinas a las que se les negaban los derechos, como porque este control fue definido como “provisional”, y porque como frontera fue mantenida entre el estado democrático y las áreas ocupadas. En estas circunstancias fue inevitable que las FID se convirtieran en un actor político, mediando conflictos tanto dentro de las localidades como entre éstas y el estado. La naturaleza y dinámica del involucramiento del ejército en la política fue influida por la identidad del partido en el poder y el modelo de la resistencia palestina. El grado de agresión que las FID usaron contra los palestinos fue determinado por la opinión pública de acuerdo a la legitimidad del uso de la fuerza, como el apoyo de la sociedad como un todo, y los soldados en particular, y fue necesario para iniciar la escalada. Así, después de la primera *intifada* (1988-1999), las FID favorecieron una política de concesiones aun a costa de un enfrentamiento con la jerarquía política (Netanyahu); después del fracaso de la cumbre de Camp David (2000-2006), sin embargo, recibió apoyo público para iniciar la escalada, y de nuevo a un precio que la enfrentaban a la jerarquía política.

El objetivo de este artículo ha sido mostrar que las consideraciones del ejército –en cuanto corporación que busca movilizar recursos humanos y materiales basada en el prestigio del que goza– difieren de las de la jerarquía política. La existencia de un régimen dual de legitimidad y gobierno en los territorios por una parte, y dentro del estado de Israel por la otra, hace difícil dar los pasos iniciales coordinados y controlados hacia la apertura de un espacio político para los palestinos, así como poner fin al régimen de ocupación. Dos componentes fundamentales aseguran que el régimen dual continuará existiendo: las fronteras borradas y los niveles de la escalada de violencia. Sin embargo, una contradice a la otra: aunque la violencia legitima un “régimen de seguridad”, la frontera borrada disminuye la legitimidad “democrática” de

Israel dentro de las fronteras de 1967. Es dentro de esta contradicción que la dinámica de la política israelí se lleva a cabo –en el conjunto de las motivaciones militares y políticas, junto con los intentos de los ciudadanos de Israel y los sujetos palestinos de influir sobre ellas.